

El pueblo adelantaba un paso en la vía de la revolución: el período de huelga solidaria y puramente defensiva acababa, y lucían ya los primeros rayos de la huelga ofensiva, cuya luz iluminaba el horizonte con resplandores de incendio.

Lo que hacía más temible aquella efervescencia de rebeldía era que no se hallaba restringida a París: las provincias se concertaban con la capital; ya no habían de recibir lecciones del centro ni esperaban de él la señal para la acción: la agitación alcanzaba en ellas el mismo grado de gravedad.

CAPITULO VI

La situación del gobierno

El gobierno no permanecía inactivo: tenía empeño en debilitar la huelga y en atenuar la suspensión del trabajo, y, sobre todo, en tranquilizar a la burguesía, que sentía el pánico de los grandes días. Una preocupación le dominaba: quería dar la impresión de que la vida económica no se hallaba detenida, de que la circulación social sólo se hallaba retardada, no suspendida.

Pensaba el gobierno que ese era el mejor medio para disipar el miedo de que las altas clases se hallaban poseídas. Impulsado por esa idea, a pesar de su alarma por los vivos clamores de la capital, se esforzaba en disimular la huelga reemplazando los huelguistas por soldados en las industrias o funciones de primera necesidad.

En cuanto en un punto aparecía el paro del trabajo, allí se dirigía una dotación de soldados rompe-huelgas.

Dotaciones de soldados fueron a las tahonas; pero en muchos casos no pudieron trabajar por diversas causas, consiguientes a las precauciones tomadas por los huelguistas al abandonar el trabajo: o el material no se hallaba en buen estado, o los hornos no funcionaban o funcionaban mal. Esos inconvenientes se obviaron, más mal que bien, utilizando los hornos militares.

En las fábricas de electricidad, los soldados ingenieros, aunque familiarizados hacía tiempo con las tareas que de ellos se esperaban, no pudieron poner los dinamos en estado de servicio, a consecuencia de las medidas preventivas adoptadas por los huelguistas.

Para hacer frente a la huelga del personal de correos, telégrafos y ferrocarriles, el gobierno pensó en la movilización por medio de un decreto circunstancial, convocando a todos los inscritos en las listas del ejército y amenazando con el consejo de guerra a los no comparecientes; pero, después de maduro examen, hubo de reconocer que se había llegado a un punto en que la convocatoría quedaría sin efecto.

Renunciando a esa operación que hubiera resultado perfectamente ridícula, intentó restablecer las comunicaciones utilizando los medios militares.

Se destinaron soldados para asegurar la

marcha de los trenes; pero en este asunto, como en otros, se habían adoptado disposiciones especiales: las partes esenciales de las locomotoras habían sido desmontadas y ocultas, y para dificultar la salida de los depósitos se había echado yeso o cemento en las agujas para inmovilizarlas. Análogo procedimiento se había usado con los vagones retenidos en las vías de reserva. Sin contar que los maquinistas habían dejado los trenes en las vías de tránsito después de inmovilizarlos seriamente.

Aquel amontonamiento, sobre las vías de gran circulación, de la multitud de vagones que habitualmente están en marcha, producía una acumulación inmensa, inextricable. Los trenes de viajeros, y sobre todo los de mercancías, se hallaban en tal cantidad, que bloqueaban las estaciones. Tan grande y tan completa era el amontonamiento y el estorbo, que eran imposibles las maniobras y la continuación del tráfico.

Además, en las líneas, todos los discos se habían puesto en señal de paro, por lo cual ese bloqueo sistemático tenía la ventaja de impedir todo accidente. En efecto, los trenes que se habían arriesgado a ponerse en marcha habían de avanzar con extremada lentitud, porque la más elemental prudencia obligaba

a los maquinistas a caminar a pequeña velocidad por ignorar si la vía se hallaba libre o no. Además, en muchos puntos se habían colocado petardos de detención para aumentar la confusión en el caso de que el tráfico continuara.

Esa inmovilización del servicio de ferrocarriles se facilitó en gran manera por la adhesión a la huelga de los guarda-agujas. Concurso precioso, porque por sí solos los guarda-agujas son dueños de la circulación.

Por tales medidas y otras muchas que tendían al mismo resultado, la salida de trenes se hizo casi imposible, y además inútil, a lo menos para los viajeros, porque aunque los trenes hubieran funcionado, hubieran ido de vacío; el miedo a choques y descarrilamientos habría contenido a los más osados viajeros.

La paralización de los ferrocarriles implicaba la suspensión del servicio postal, aun suponiendo que los carteros hubieran querido trabajar; con mayor motivo habiéndose adherido a la huelga. Para suplirlos se recurrió a los soldados, y se trató de organizar un servicio de automóviles.

Intentaba el gobierno salvar las apariencias disimulando su impotencia; pero aquel servicio no dió ni podía dar los resultados apetecidos.

Aquella organización era demasiado lenta

e imperfecta, porque en su ejercicio, entre otras dificultades, los carteros automovilistas encontraban a cada paso señales de retraso para automóviles, aunque ningún accidente del terreno las justificase. Los conductores, que eran soldados que no conocían los caminos, avanzaban con duda y escasa velocidad. Sin contar que al cruzar regiones en huelga más de una vez fueron invitados a no continuar, quedando confiscadas sus máquinas.

La perturbación fué todavía más completa en el servicio telegráfico. En las oficinas de París la suspensión fué absoluta, y para impossibilitar todo trabajo se enredaron o se cortaron los hilos con la minuciosidad producida por la experiencia de pasadas huelgas del personal de Postas, Telégrafos y Teléfonos.

El aislamiento no afectó mucho al principio en alto lugar, confiando en los servicios militares de telegrafía y telefonía sin hilos.

Pero también fué grande la decepción sobre este punto, porque entre los huelguistas había hombres de gran competencia científica, para quienes fué muy fácil impedir las comunicaciones aéreas. Se instalaron en una fábrica situada sobre una altura, en sitio apartado y al abrigo de indiscreciones; en disposición de una cuarentena de caballos de fuerza y de un excelente dinamo, levantaron unas antenas, cuidando de

no llamar la atención, y lanzaron a la atmósfera ondas perturbadoras que contrariaron y enredaron las señales emitidas por las estaciones del gobierno.

A la huelga de los brazos y de los cerebros se unía la de las máquinas y la del material.

Y ese fenómeno no se limitaba a las corporaciones antes indicadas: en casi todas, los instrumentos de trabajo se habían inmovilizado, de modo que quedaron inútiles hasta que los huelguistas volvieran al trabajo.

Al tomar esas medidas preservativas, los obreros no obedecían a un móvil mezquino, bajo y estúpido: no se inspiraban en el deseo de la destrucción. ¡No! Recurrían a precauciones indispensables. Muchos, seguramente los más ilustrados y conscientes, sentían cierta tristeza al verse precisados a tales extremos; pero no vacilaban porque tenían la convicción de que inmovilizando el material industrial economizaban vidas humanas.

Queriendo el fin, el triunfo de la huelga, tenían la audacia de no rechazar ninguno de los medios indispensables para su realización.

Tenían conciencia de que eran una minoría bastante numerosa para hacer frente a la minoría propietaria y gubernamental, a condición de que una parte del pueblo no apoyase a la

minoría enemiga. Para ser los más fuertes era necesaria una condición: que la masa, cuyo peso de inercia se ha inclinado siempre hacia los triunfadores, quedase reducida a la imposibilidad de dar al enemigo el apoyo de su fuerza inconsciente.

Ese resultado se obtenía doblando la huelga de los brazos y de los cerebros con la de las máquinas y el material. Quitando a la parte del pueblo, todavía hartos sumisos a las potencias capitalistas, la herramienta de las manos; paralizando la máquina que fecundaba con su esfuerzo; impidiendo a esa masa borreguil pactar con el enemigo común y hacer traición a sus amigos volviendo inoportunamente al trabajo, los revolucionarios daban prueba de clarividencia.

He ahí por qué tuvieron las audacias que exigían las circunstancias.

Contra esa táctica — que no era sino la obra lógica de la huelga general —, el ejército era impotente. Aunque hubiera sido apto para todo y se hubiera hallado en estado de remediar la huelga de las máquinas y de realizar todos los trabajos indispensables, hubiera resultado impotente. Había una razón perentoria de impotencia: la escasez del número.

A pesar de la buena voluntad intervencionista del gobierno, había la imposibilidad de

dedicar todo el ejército a los trabajos industriales y a las funciones públicas. ¡No era inagotable! ¡Era necesario dedicar una parte a la defensa capitalista!

Se habían transformado los soldados en tahoneros, electricistas, gasistas, ferroviarios, watmen, telegrafistas, carteros, barrenderos, etcétera... ¡y no bastaban! Muchos otros oficios holgaban sin que la tropa pudiera hacer nada en ellos.

En cantidad considerable se hallaban diseminados los soldados destinados a guardar obras, fábricas, almacenes, canalizaciones, vías férreas, monumentos públicos... es decir, todavía miles y miles de hombres separados de la producción y también de su función guerrera.

Constaba el ejército en tiempo normal de 600,000 soldados distribuidos en los cuarteles de Francia, ¡y sólo en París había más de 600,000 huelguistas!

La impotencia numérica del ejército para hacer frente a la huelga general, era tanto más evidente, cuanto que el levantamiento revolucionario no se limitaba a París. Por consiguiente, el gobierno sólo disponía de las tropas acuarteladas en la capital o en su radio para asegurar la represión. Y esto por doble motivo: no podía desguarnecer las provincias, estando en ellas «el orden» en gran peligro, y tampoco

podía cambiar a su antojo la residencia de los regimientos.

Ya había intentado trasladar a París tropas del Este, pero la operación dió resultados deplorables.

Se organizaron trenes militares que, a pesar de la huelga, se intentó poner en marcha; pero no caminaron mucho. Aquellos trenes fueron bloqueados en campo raso, detenidos por el levantamiento de los rails o por la destrucción de puentes o de túneles.

Había unas tropas reposadas que los ministros sentían no tener a mano, y que hubieran reprimido al pueblo con terrible furia, las tropas argelinas, formadas por el reclutamiento de los árabes, ya sometidos, como los hijos de la metrópoli, a la contribución de sangre. ¡No hubiera sido mala horda de bárbaros desencadenada sobre París! Aquellos soldados no hubieran sentido escrúpulos y se hubieran entregado a la alegría de vengar su raza sobre los parias de Francia... pero no se podía contar con ellos. Estaban acuartelados en la Argelia, y aunque se hubiera logrado embarcarlos, era difícil desembarcarlos en Marsella o en otro puerto, y más difícil hacerlos llegar a París.

Y ocurrió que, apenas declarada la guerra social, el ejército, única defensa del capitalismo,

se hallaba desbordado. Las clases directoras se veían obligadas a rendirse a la evidencia: el ejército era escasísimo para desempeñar eficazmente las múltiples tareas a que se le destinaba.

Esa insuficiencia numérica del ejército se doblaba de una impotencia moral más peligrosa todavía para el poder: dudaba de la justicia de su función y se deslizaba sobre una pendiente que terminaba en la disgregación.

La propaganda militarista era la causa inicial de esa depresión. Los antimilitaristas, con ardor incansable, trabajaban para romper la fuerza compresiva del ejército, exponiendo todo lo odioso de la obra que se le exigía.

Tales síntomas, malos presagios para la sociedad capitalista, eran apenas percibidos por el gobierno. Hipnotizado por el prestigio de una centralización que pone todo en sus manos, se consideraba fuerte e inquebrantable y sólo pensaba en reprimir la huelga. Ni por un momento pensó en examinar las reclamaciones formuladas por las organizaciones sindicales, consistentes en inquirir las responsabilidades ocasionadas en el curso de los incidentes trágicos del domingo anterior.

En su concepto, prestar atención al ultimatum de los huelguistas hubiera significado el abandono de su dignidad, pactar con los

amotinados. Así cubría a sus subordinados, y lejos de examinar sus actos, combinaba operaciones policíacas y judiciales que le parecían eficaces para decapitar el movimiento.

No hizo nada nuevo; obró según la tradición de los gobiernos fuertes. Se nombró un juez especial, y en nombre de la razón de Estado, se procedió al secuestro de los militantes más conocidos, propagandistas, secretarios de organizaciones y miembros de los comités.

La ejecución de aquella extensa pesca se fijó para el jueves; habiéndose escogido porque se pensó que en ese día empezaría a decaer la huelga, y también porque no se creyó prudente hacerlo antes de las exequias por no aumentar la sobreexcitación.

La operación no tuvo el éxito esperado, porque el secreto fué boicoteado, y, por vías desconocidas, llegó a conocimiento de los interesados. Todos los amenazados de prisión tomaron sus precauciones; se pusieron a cubierto, y la policía se llevó chasco cuando se presentó en las casas a desempeñar su desdichada misión.

El fracaso fué enorme. Fallado el golpe, no se produjo el efecto desmoralizador que se esperaba. Se redoblaron las medidas represivas; pero, no habiéndose manifestado el desaliento esperado, resultó, por el contrario, un movi-

miento de extensión y de aceleración de la huelga.

Preciso es añadir que el poder se hallaba privado de un medio de acción que hasta entonces le había prestado un gran servicio: la prensa diaria.

Era verdaderamente molesto carecer de noticias; pero el pueblo ganaba volviendo a ser él mismo, con pensar por sí mismo: privado de diarios, seguía sus propios impulsos, reflexionaba y decidía por su propio razonamiento, sin ser influido por las narraciones de los grandes diarios capitalistas.

Peor era para el gobierno: careciendo de la palanca de la prensa, no podía propagar sus amenazas y mentiras. Como consecuencia se establecía un equilibrio entre él y los grupos populares, ventajoso para éstos. Hasta entonces, los organismos sindicales habían tenido medios rudimentarios de publicidad, consistentes en hojas volantes, manifiestos, carteles y pequeños periódicos. A la sazón les era fácil, a pesar de la huelga, recurrir a esos medios que le permitían — con el diario de la C. G. T., que se publicaba puntualmente — neutralizar en la opinión pública los rumores alarmistas.

De ese modo, por la misma lógica de la huelga,

el gobierno se hallaba moral y materialmente empuñecido.

Para realzar su prestigio, se lanzó más ferozmente en la vía de la represión, y redobló la violencia, con lo que consiguió hacerse más impopular, más despreciable, y arrastrar en la reprobación y el odio el régimen capitalista del cual era la expresión combativa.